

de gramática, que cobraban en general entre 1.000 y 2.000 reales. En su gran mayoría —un 78%— los maestros de escuela estaban casados, lo cual desmiente el tópico del monopolio docente del clero.

Como sus colegas del resto de España, los maestros cántabros ejercían segundos oficios. En 1753, tenemos la certeza de que un 13% de ellos lo hacían, pero se trata de datos muy dispersos y la cifra debía de ser muy superior. A mediados del siglo XIX, un 37% de los maestros de Cantabria recurrían a dicho arbitrio para sobrevivir, pero un 63% ya no necesitaba hacerlo, lo que constituye un notable avance. Por otra parte, el Catastro de Ensenada muestra que a mediados del siglo XVIII casi todos los maestros complementaban sus ingresos con la explotación de fincas rústicas, de ganado y de recursos forestales. También que buena parte de ellos poseían una o más casas en propiedad.

Creo que lo expuesto da una idea del interés de la investigación realizada por la profesora Clotilde Gutiérrez, desde el punto de vista del contenido, pero también en lo relativo a la metodología de análisis de las fuentes empleadas. En este último terreno, creo, sin embargo, que podrían aprovecharse en mayor medida las posibilidades que ofrece el cruce de variables. Por ejemplo, sería interesante relacionar el tamaño de los núcleos de población con la existencia de escuelas, con la presencia de fundaciones o con el salario de los maestros.

Probablemente, la autora no lo hizo para evitar comparar información obtenida de diversas fuentes y en varios momentos históricos, lo cual —en principio— es poco riguroso. No obstante, en mi opinión, conviene proceder en este punto con una cierta flexibilidad, con el fin de aprovechar las posibilidades que ofrecen los documentos. Pienso, por ejemplo, que sería interesante relacionar los datos del Catastro de Ensenada (1753) con los del Censo de Florida Blanca (17869, el más fiable y mejor conservado del siglo XVIII. Entre ambas estadísticas media una distancia de 33 años, pero la sociedad no se transformaba a la misma velocidad que hoy en día durante el Antiguo Régimen. Además, de lo que se trata es de averiguar cómo se repartían en

líneas generales las escuelas, no de establecer la situación pueblo por pueblo. Ésta última podía variar mucho, manteniéndose, sin embargo, las tendencias generales.

Esperemos que esta línea de investigación sea imitada y perfeccionada por otros estudios. Ello nos permitirá sin duda elaborar una imagen extremadamente precisa del sistema escolar de la España de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, casi tan precisa —en su género— como la magnífica ilustración de la portada del libro que hemos recensionado.

JAVIER LASPALAS

HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M.: *Maestros y Escuelas en la Salamanca Contemporánea*, Salamanca, Hespérides, 2001, 175 pp.

*Maestros y Escuelas en la Salamanca contemporánea* es una propuesta de aproximación al conocimiento de distintas y significativas facetas y manifestaciones educativo-culturales, desarrolladas a lo largo de los siglos XIX y XX en el marco local y provincial de la provincia salmantina. Facetas y manifestaciones que son la expresión, sobre todo, de un proceso histórico de cambio y de modernización social y cultural, llevado a cabo con el concurso de las instituciones educativas y de los profesores.

José María Hernández pretende acercarnos a escenas de la vida diaria —la intrahistoria, se ha dicho a veces— de las escuelas, de los colegios, y de los ateneos y círculos de cultura popular, tanto urbanos como rurales, públicos y privados, de párvulos o de adultos, adentrándose para ello en los acontecimientos, en los datos, en los escenarios, así como también en las formas de representación y en el imaginario colectivo de generaciones pasadas, con la preocupación por contribuir a una mejor comprensión explicativa de todo aquello que configura el actual desarrollo educativo salmantino, a través del sentido genealógico que los procesos educativos y culturales tienen. Al hacerlo así, procura además construir una trama narrativa sobre

la vida y las expectativas suscitadas alrededor del desarrollo educativo en un escenario «local» en el que sus actores históricos cobran vigor, y son valorados sus gestos y acciones, como manifestaciones y ejemplificación de impulsos y orientaciones que escapan de lo anecdótico y se sitúan en el ámbito de lo que con fortuna Pedro Roselló denominó «corrientes pedagógicas».

José María Hernández traza en esta monografía un elenco o mosaico compuesto por 43 breves ensayos (en apariencia anecdóticos, dice él) de historia educativa salmantina, con arranque en los inicios del siglo XIX. En general se trata de presentarnos breves episodios de historia escolar y cultural en un formato literario próximo al ensayo periodístico, con los que «se construye» una interesante historia local de la educación, se proveen claves para la mejor comprensión del presente educativo y se rinde incluso, y por qué no, un cálido homenaje, singularmente a todos aquellos profesores y portadores de luz que en momentos difíciles lucharon por el desarrollo humano y educativo, desde las trincheras de la escuela, el ateneo o la prensa local.

A través de esos 43 breves ensayos (de tres o cuatro páginas para casi todos ellos) recorreremos asuntos como: la impronta de las Sociedades Económicas en la provincia de Salamanca a final del XVIII, el significado de los catecismos políticos para escolares, las escuelas de gramática, los antecedentes de los Institutos de Educación Secundaria en Salamanca, el nacimiento del primer periódico pedagógico salmantino (1856), el papel de los inspectores ante la escuela rural decimonónica, la condición social del Magisterio, el ateneísmo y el estado cultural en distintas poblaciones, los modelos elitistas de educación femenina, el papel de los certámenes y conferencias pedagógicas y la formación del Magisterio, el acceso de la mujer a la educación secundaria, las conexiones salmantinas con la ILE, el porqué de algunas iniciativas educativas de carácter privado, los primeros desarrollos de la educación infantil y de adultos, las inflexiones en el desarrollo educativo provocadas por la singularidad de algunos

de sus protagonistas como pudieron ser Lázaro Relero, Juan García Nieto, Luis Caballero Noguerol, Adolfo Maíllo, o el periodista Enrique de Sena, el inicio del escultismo en Salamanca, la influencia de la Escuela de Bellas Artes, la contraposición entre la IIª República y el franquismo, las vicisitudes de las escuelas y de los maestros rurales en varios momentos de este recorrido (sin olvidarse de lo abusivo de las concentraciones escolares, la educación institucional de índole privada religiosa en la Salamanca del franquismo, la escuela popular en la perspectiva milanesa, o el nacimiento de la renovación pedagógica con el trasfondo de una política educativa democrática en los momentos de la transición política, acompañado desde páginas periodísticas, como las de *El Adelanto*).

Podrían ser por su título pequeños relatos, pequeñas crónicas. Pero se trata, en cambio, de pequeños ensayos y ejemplificaciones, gracias al tratamiento histórico, documental e informativo que se realiza. Hay títulos como, por ejemplo, «El Colegio Cervantes de Béjar», «Las Misiones Pedagógicas en Peñaranda», «Un periódico escolar en Santibáñez», «El Grupo Escolar Pablo Iglesias», «Los hijos de Unamuno van a la escuela», «El Padre Nuestro del Maestro del Castañar», «Las primeras alumnas del Instituto de Segunda Enseñanza», «Educación de señoritas», «La escuela de Gramática de Ciudad Rodrigo», que parece que sólo tendrían un interés localista, y, sin embargo, su alcance va bien más allá y enlaza con las perspectivas de las nuevas formas de hacer historia: la historia cultural, la microhistoria, la micronarración... o la «historia desde abajo», poniendo de manifiesto la presencia de nuevos temas como objeto de la historia educativa, la incorporación de nuevos enfoques metodológicos, y el uso de nuevas fuentes y vías de información.

Es de hacer notar que, por lo general, en cada uno de los 43 breves ensayos existe una articulación subsistente: a propósito del acontecimiento que se nos quiere presentar se abre un escenario hispánico o europeo —trazado en sus datos informativos

justos y de síntesis—, se alude a la atmósfera educativa o cultural de contextualización, o quizás al encaje local, y se indican así las conexiones entre el «acontecimiento episodio» y su contexto próximo o distante; se narra el episodio, sus actores y algunas de sus posibles consecuencias próximas en el desarrollo educativo; y se hace una reflexión histórica sobre los significados y todo aquello que nos podría sugerir.

Todo esto, y quizás algo más, es lo que nos presenta José María Hernández en este valioso ensayo historiográfico, que es también un hermoso ejercicio de estilo, tanto por la calidad de su prosa y escritura, como por lo que significa como aportación dispuesta para ir de modo amable al encuentro de los lectores, siendo los que primero se buscan aquellos que de ordinario no leen «historias de la educación», pero que podrían reconocer enseguida que se habla de ellos, como en el presente caso ocurre.

ANTÓN COSTA RICO

HERNÁNDEZ DÍAZ, José María (coord.): *Cuestiones actuales de Filosofía y Pedagogía. Liber amicorum de Serafín M. Taberero del Río*, Salamanca, Hespérides, 2001.

El libro del que, con extremo agrado, damos cuenta en estas apretadas líneas viene animado todo él por un deseo cual es rendir justo tributo y reconocimiento sincero al profesor Serafín Taberero con motivo de un imponderable administrativo —la jubilación universitaria— que nos hurta seguir aprendiendo el buen hacer y mejor enseñar de este entrañable maestro.

Encuentra acomodo el texto en cuatro grandes secciones. La primera de ellas transita por la senda de la filosofía —disciplina ésta compañera de viaje de gran parte de las preocupaciones académicas e investigadoras del profesor Serafín Taberero—. En ella vemos desfilar interesantes reflexiones relativas a la importancia de la enseñanza

de la filosofía en la escuela, destacando la capacidad de este saber en orden a dotar de andamiaje crítico al educando; anotaciones sobre los orígenes de la antropología filosófica, ubicada ésta desde el punto de vista conceptual en el pórtico del siglo XVI; análisis del legado de una figura insigne como Aristóteles o, en otro orden de cosas, también encontrará el lector apuntes sobre la necesidad de reivindicar el concepto filosófico de mito entendido como fantasía, imaginación y fuerza creadora. Y todo ello, enfatizando la necesidad de reconocer la ligazón incuestionable entre la filosofía y la pedagogía, pues no es posible reconocer a la segunda sin fijar la retina en la primera.

A renglón seguido, el lector encontrará una miscelánea que gravita en torno a distintas aportaciones y análisis relativos a la historia de la educación. En este apartado se nos aparecen personajes de calado educativo como Unamuno, Eduard Claparède, y algún otro un tanto menos conocido —aunque de indudable interés histórico— como el inspector de enseñanza Rafael Álvarez García o, recalando en las antiguas Escuelas Normales, el libro no olvida glosar la obra de Nicolás Escanilla de Simón, maestro que desarrollase su oficio en la Escuela Normal de Salamanca durante el primer tercio del siglo pasado.

No faltan, también en este mismo apartado, apuntes sobre el alto estudio salmantino en su época de esplendor; la atención en torno a los primeros libros de pedagogía en las bibliotecas populares; reflexiones sobre el cada vez más sugerente análisis del espacio escolar o, una cuestión tan sorprendente como atractiva como sin duda es el análisis de los manuales de urbanidad en la escuela. Difícil será para el destinatario de la obra no suscitar interés ante un abanico tan amplio de cuestiones abordadas en sus páginas.

Un tercer apartado deja entrever algunas cuestiones generales sobre educación. Entre ellas, el lector encontrará análisis sugerentes sobre el rol del profesor en este siglo que alborea o el papel de la tecnología en los procesos de enseñanza-aprendizaje... Además, se apuntan algunos ensayos